

Benjamín Subercaseaux

## Lección inaugural de psicología

(«La memoria a través de las realidades psíquicas»)

(Adaptación del hombre al problema del tiempo)

Señoras, señores,

La Psicología es una ciencia desprestigiada. Por esta razón, debo estar doblemente agradecido de ver en esta sala, personas que creen en mí hasta el punto de confiar en la Psicología que yo pueda presentarles.

Desde largo tiempo, esta ciencia ha interesado a las señoras que gustan de oír cosas que no entienden, a los médicos con patente de naturistas o psicoanalistas, a los pedagogos que buscan en ella—y encuentran—principios totalmente opuestos a los que enseña la práctica y la frecuentación del niño; por fin, la Psicología ha interesado particularmente a los escritores y a los filósofos, un poco menos tal vez a los hombres de religión, (es su gran moderadora, y ha solido jugarles malas pasadas).

Es mi modesto parecer, que los estudios psicológicos no deben hacerse en vista de forjarnos un sistema o de encontrar en ellos una ayuda o comprobación para tal o cual grupo de doctrinas. La Psicología, en su penoso avance a través de las realidades del espíritu ha debido revestirse de ropajes diversos, que

hace peligrosa toda conclusión sacada en vista de una verdad definitiva.

Simple fisiología, la llamada Psicología de Laboratorio se estrelló contra la testarudez que ofrece la vida para dejarse dividir en Leyes y someter a la precisión de las cifras. Algunas consideraciones sobre el llamado «umbral de la sensación»: otros estudios sobre el dolor; los interesantes resultados de Piéron sobre la visión de los colores, es todo lo que hemos podido sacar en limpio de la famosa Psicología Experimental. Es verdad que hay el «tiempo de reacción»; los complicados aparatos para el estudio de la atención, y por fin, los «test», esos juegos de paciencia de la Psicología que nunca sirvieron para otra cosa que para falsear la mente y obtener resultados fatalmente opuestos a los que mostraba la realidad.

Ahora, si estudiamos la Psicología animal, la sociológica y la comparada, veremos que son otros tantos ropajes que la psicología general pidió prestados a la Biología, a la Sociología y a la Medicina. Con ellos consiguió avanzar notablemente, es verdad, pero siempre en un carácter privado, incógnito, sin un principio ni un sistema que nos permitiera reconocerle una modalidad propiamente psicológica. Ni el biólogo, ni el sociólogo actuaban como psicólogos puros. Este es uno de los inconvenientes para hablar de una ciencia psicológica, y es por esto, también, que me permito afirmar que la psicología es una ciencia desprestigiada.

Es preciso remontarse a la Metafísica para captar la razón de las dificultades que encierra todo estudio psicológico. No querría volver aquí a las eternas discusiones—que todos ustedes deben conocer—sobre lo que se ha dado en llamar Psicología objetiva y Psicología subjetiva. Las dificultades que encierran uno y otro método son tan grandes que, si hubiéramos de atenernos a lo que dicen los impugnadores de estos dos sistemas, terminaríamos por no hacer nada, por cerrar los libros y mandarnos mudar a nuestras casas.

En efecto. ¿Cómo penetrar en la mente ajena si no es por las reacciones que presentan los hombres? Y estas reacciones, no sabemos, acaso, que es un privilegio del hombre el falsearlas con este fenómeno curiosísimo de la mentira, que el animal es incapaz de realizarla? Por otra parte, los temores, los sentimientos, todo ese sistema magnífico de precauciones y astucias que se ha forjado el hombre para su defensa a través de miles y miles de años, ¿podremos vencerlo en un simple «test» o captarlo con esa visión exterior del método objetivo?

Parece poco menos que imposible.

Por otra parte, el estudio introspectivo, la psicología interior, subjetiva, estudiada por el mismo sujeto que se observa, ¿no nos hace pensar—como decía un autor—en un demente que se asoma a la ventana para verse pasar por la calle?

El gran problema de la Psicología está, sin duda, ahí. Porque la verdad es que todo lo que el hombre conoce, es *Psicología*. Ni la Química, ni la Física, la Astronomía, la Medicina, las Artes o las Letras han sido forjadas en otro crisol que la mente humana, y con las leyes que condicionan al espíritu. Nuestra visión entera del hombre y del mundo la hemos tenido en nuestras sensaciones, percepciones, filtradas a través de la personalidad y conservadas en nuestra memoria. No sabemos descubrir afuera, lo que no ha estado primero adentro. Hay una parte de adivinación en todo descubrimiento, y el hombre de ciencia, por muy objetivo que sea, ha debido «crear» en su imaginación aquellos fenómenos que sospechó en su mente y que buscó después, confirmados, en el mundo exterior.

Ahora bien, después de una constatación semejante ¿cuál es el sitio que debe ocupar la Psicología?

La respuesta se impone: la Psicología debe estar en todas partes. Debe estar, sobre todo, en esa parte de imprevisto que surge en el conocimiento, a pesar nuestro, que se adentra en nuestro espíritu ahí donde el espíritu no la buscaba, y que no es otra cosa que la realidad haciendo irrupción en el sueño vigi-

lante de la mente, penetrando en el individuo, iluminándolo con «otra cosa» que no sea *él mismo*; haciéndolo en una palabra, apta para aprender, para seleccionar los materiales con que ha de confeccionar *su verdad*.

Tal es, para nosotros, la utilidad y la misión importantísima de la Psicología.

En este curso no vamos a estudiar *toda* la Psicología. Ni siquiera pretendo enseñarles una parte. Más aún, querría que la palabra *enseñar* tuviera aquí un significado especial. Me interesan menos los datos, los nombres, fenómenos o leyes que ustedes puedan fijar en la memoria o en el papel. Es probable que todo lo que diré aquí se olvide más tarde. No importa. Lo esencial, la misión augusta de esta ciencia es, precisamente, la que veníamos diciendo: abrir el espíritu al llamado misterioso de la realidad, saber captarla en la voz tenue de las conductas humanas y en el silencio de esa mente invisible del hombre; estar prontos para comulgar con una verdad no discursiva ni razonable (¡la razón, ese pobre lenguaje interior de los hombres, tan lejano de la realidad exterior!): deseo que este curso sea la disciplina que nos haga humildes, serenos, pero a la vez, tan perfectamente sintonizados con la verdad que lleguemos a poseerla por una suerte de intuición, de lenguaje sin palabras, el único que ha servido al hombre cuando se ha lanzado en la posesión del mundo; el único que explicó algo, más allá del entendimiento, al hombre primitivo que no sabía de lógica ni de pensamiento y que, sin embargo, llegó paulatinamente a los más altos conceptos de la espiritualidad y del conocimiento de Dios.

Es por esta razón que he elegido para este curso el estudio de la memoria. Para algunos esto será un motivo de sorpresa un tanto burlesca, porque existe la creencia de que la memoria es un fenómeno simple, biológico, que está en el escalón más bajo de la vida psíquica. Grave error. La memoria—fenómeno fisiológico en su substrato material, como toda la psiques del ser vivo—es una función compleja que se emparenta con el más

alto y misterioso de los problemas filosóficos: el problema del tiempo. La memoria es algo muy diferente de aquello que las gentes imaginan.

Por de pronto—y esto lo veremos en las lecciones que siguen—la memoria no es una actividad especial si la consideramos en su sentido vulgar. Toda la vida psíquica está condicionada por la memoria. Ella es una modalidad propia de la materia viva; una huella misteriosa y específica que afecta al ser viviente en una forma continua.

Porque, a decir verdad, todas las cosas tienen memoria, si por esta palabra hemos de entender la huella que deja en la materia la intervención de otra materia. En este orden de cosas podríamos hablar de la memoria de la piedra que recibió el choque de la pala y que dejó su marca grabada en ella.

Para la materia viva, este ejemplo de la marca es un simple recurso ilustrativo. La mente fija los estímulos que recibe del exterior, por los órganos de los sentidos, o del interior, por medio del sistema vegetativo, y los administra en una forma muy distinta de la simple huella que encontramos en la piedra.

Es cierto que, en la base de todo está la propiedad de fijar, de retener. ¿Podemos imaginar qué sería de una sensación, de una imagen, de un pensamiento que, apenas concebido desapareciera de la mente sin dejar trazas? La vida psíquica sería imposible. Por esto digo que, sin la memoria elemental, no existiría en la mente otra cosa que una serie de explosiones sensitivas, como otros tantos estallidos de magnesio en una pieza totalmente cerrada a la luz.

Hay, pues, una memoria que llamamos así por comodidad en la expresión, pero que no es un fenómeno propio sino una condición inherente a la materia viva.

Veremos más adelante que la memoria es un fenómeno elevado, algo propio del hombre evolucionado, un hecho raro que no poseen todas las personas: más aún, algo de que suelen estar desprovistas hasta las personas de buena memoria. En su

sentido particularísimo, la memoria es un acto de alta síntesis psicológica: algo desconocido para el animal y el primitivo; un proceso que comienza allí donde el hombre se despoja de la pesada ganga de sus sensaciones y de su materia, para elevarse a las regiones puras del devenir de todos los altos problemas que suponen una visión del tiempo desligado de esa base material, espacio, sin el cual los hombres no sabemos pensar.

La memoria, señores, no es un proceso simple ni un eslabón insignificante de la vida psíquica. Eso sí, me parece que no existe otro fenómeno en que los malentendidos y las confusiones propias de los filósofos cuando *hacen psicología*, se haya manifestado mejor que aquí.

En el Colegio de Francia, nos decía a menudo el eminente Pierre Janet: «la psicología sufre de una enfermedad que podríamos llamar *la manía de las palabras con mayúscula*. La Inteligencia, la Voluntad, la Libertad, la Sensación, la Memoria. Todos estos temas de estudio son verdaderas encrucijadas, donde varios problemas se dan cita. No hay *UNA* inteligencia, *una* voluntad ni *una* memoria, sino cientos de problemas diversos e independientes en torno a lo que llamamos, *grosso modo*, Inteligencia, Voluntad, Memoria.

El papel de la ciencia está, precisamente, en distinguir, en separar, en tomar el buen hilo de la madeja, y no embrollar todo buscando leyes propias a lo que no es propio sino múltiple y diverso.

Es así que hemos concebido el programa de este curso, y es por esto que lo he titulado: *La memoria a través de las cualidades psíquicas*.

Es increíble la utilidad que hay en separar lo que creíamos unido. Decía antes que no me interesaba que ustedes adquirieran aquí un bagaje de datos, leyes y apuntes. No quiero eso. Ni siquiera me interesa que la vieja y vulgar memoria les permita conservar el relato de lo que ustedes oigan. Mis ambiciones van más allá: deseo que, todos juntos, nos lancemos en

una aventura del espíritu. Como decía André Gide: «Je veux que la beauté soit dans ton regard, non dans la chose regardée». El defecto mayor de la enseñanza en Chile y del pliegue mental que esta enseñanza ha formado en los intelectuales, está precisamente en esta manía de los conocimientos y de su ostentación, en la *masa* de materia adquirida, por una parte, y por la otra, la pobreza de movimientos, de sagacidad para desmembrar los problemas, para hacer saltar una chispa de luz en cada tema que tocamos. En Chile, no sabemos «caminar» a través del espíritu; por eso somos estáticos. Sin caminar no se avanza; sin avanzar no se descubren las regiones ignoradas.

Yo no sé si aquí descubriremos regiones ignoradas. Es muy posible que no. Como sea, habremos aprendido, en todo caso, a caminar: y eso es mucho; eso es todo: por lo menos, eso es todo lo que yo me he propuesto. El mundo está lleno de cosas ignoradas. La vida diaria, el espíritu, la naturaleza, 'esbordan de sollicitaciones para hacernos penetrar en las regiones maravillosas del conocimiento. Pero los hombres, para desgracia nuestra, vivimos investigando las causas primeras de las cosas y tratando de adivinar las causas últimas. Es una empresa laudable. Sin lo uno y lo otro sería vano todo estudio. Pero es el caso que en esta manía metafísica hemos descuidado las humildes cosas que nos rodean y no nos hemos ocupado de la conducta humana, en lo que ella encierra de falsa simplicidad. Hemos despreciado los fenómenos cotidianos por considerarlos inútiles o demasiado conocidos. Grave error. Aquellas cosas «que por muy sabidas se callan»—como dice el refrán—son precisamente aquellas que guardan la llave de los misterios últimos. Hemos procedido como aquel demente que hacía cortar los árboles del bosque, porque le impedían ver el bosque. Lo que creemos conocer, en realidad no lo conocemos: lo hemos recibido hecho como un traje de confección. Nuestros padres lo supieron, tal vez, o creyeron saberlo. Y ahora, más ade-

lantados en el camino, seguimos usando esos materiales antiguos y a medio elaborar, y con ellos edificamos teorías que fatalmente han de resultar tan falsas como sus premisas. Toda la ciencia psicológica está por ser revisada en sus fenómenos simples. La memoria entre otros fenómenos y sobre todo, la conducta del sexo que—lo espero—algún día será materia de una revisión como la que hacemos ahora.

Para esto, debemos acostumbrarnos a ver las cosas por primera vez. Ya Descartes hizo otro tanto en su época. Para nosotros es de una importancia vital. Como grupo nuevo, recién nacido, como chilenos, como americanos, es urgente ir preparando mentalidades que sepan caminar por sí mismas en los senderos del espíritu. Este aprendizaje sólo podremos adquirirlo cogiendo, como en la fábula «las hierbas que otro sabio arrojó». El fenómeno del tiempo que revolucionó la Física y la Astronomía con Einstein, sigue siendo un hecho misterioso que el hombre no sabe captar. Estamos en calidad de niños, o mejor, de salvajes que luchan trabajosamente por asimilar una lengua desconocida que les ha sido impuesta. El tiempo casi no tiene lenguaje humano. Cuando el hombre se refiere a él, no sabe como expresarlo y lo traduce al espacio hablándonos de los «espacios de tiempo». Por lo demás, qué mejor prueba de que el único instrumento que poseemos para establecer una medida—arbitraria por lo demás—del tiempo, el reloj, no es otra cosa que el *desplazamiento* de los punteros sobre la esfera, o sea, un hecho *espacial*, para significar un fenómeno *temporal*.

La mente humana posee, no obstante, algunos mecanismos para adaptarse al tiempo. El estudio de estas luchas del hombre para lograrlo serán la materia de este curso. La Memoria será la meta final, el gran fresco que nos mostrará la suma total de las tentativas del hombre en este sentido.

Pero advierto: los chilenos no gustamos de aquellos estudios que nos parecen humildes, claros y lógicos. Vivimos de

obscuridad extasiada que confundimos a menudo con la profundidad.

Veremos en estos estudios que la ciencia es deliciosamente transparente y clara. Veremos también que los chilenos no somos los únicos que gustamos de la complicación. Las teorías de Bergson y Ribot nos mostrarán cómo las grandes inteligencias pueden pasar tangencialmente a la verdad, sin vislumbrarla, sin sospechar siquiera su presencia. Siglos hace que se estudia la memoria, y nadie pensó que ese fenómeno era, ante todo, una adaptación al tiempo. Al profesor Pierre Janet le cupo este honor.

Esta revisión, pues, de la evolución progresiva de la investigación psicológica, tendrá además la virtud de enseñarnos a pensar y comprender que la verdad está ahí, pura y resplandeciente, esperando que el hombre le abra una entrada en el campo enmarañado de sus prejuicios, de sus hipótesis, de la falta absoluta de bondad y simplicidad que es lo propio de tantos espíritus que creen en la posibilidad de captar la verdad in comenzar por amarla.

Escuelas de Verano de 1940.